

Trampa en el Solitario

La Trampa en el Solitario no es un agravio a la Humanidad, pues el único engañado es uno mismo, y por lo tanto, aparentemente la única víctima. Sin embargo, esta postura, en muchos casos, puede amplificar sus efectos más allá de nosotros mismos, como lo podemos apreciar con los predecibles resultados de nuestra selección de fútbol y de los debates políticos.

por **Tomás Guendelman Bedrack**



Tomás Guendelman Bedrack, ingeniero civil de la Universidad de Chile y Master of Sciences de la Universidad de Berkeley, es profesor titular de las universidades de Chile, de Santiago, y Universidad Mayor. Es Past President de la Asociación Chilena de Sis-mología e Ingeniería Antisísmica (ACHISINA) y Presidente de I.E.C. Ingeniería S.A.

En el almuerzo mensual que celebramos los egresados en 1962 de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, Basilio Espíldora nos relató lo ocurrido en una cena de amigos. Uno de los comensales sacó una huincha de medir del bolsillo de la chaqueta, la extendió, y preguntó a su vecino cuántos años creía que iba a vivir. “Alrededor de 80”, le respondió. El inquisidor marcó con su huincha 80 centímetros y le dijo a continuación: “Como llevas 65, te queda sólo esto”, magnitud que materializó abriendo el pulgar y el índice de su mano derecha. Inquisidor y huincha fueron invitados a hacer abandono del recinto, sin derecho a cena y sin obligación de pago alguno.

Si bien la equivalencia entre medición de longitud y de tiempo contenida en el relato anterior es válida, evidencia el temor íntimo del ser humano de que alguien le recuerde que es finito y cual si evolucionara del avestruz, prefiere esconder la cabeza, o como está más de moda, intenta “vender el sofá de don Otto”. Lo concreto es que está haciéndose “Trampa en el Solitario”.

La Trampa en el Solitario no es, a primera vista, un agravio a la Humanidad, pues el único engañado es uno mismo, y por lo tanto, aparentemente la única víctima. Sin embargo, esta postura, en muchos casos, puede amplificar sus efectos más allá de nosotros mismos, como lo podemos apreciar con los predecibles resultados de nuestra selección de fútbol y de los debates políticos, los que en lugar de darnos sorpresas, constituyen la “crónica de una muerte anunciada”.

También practicamos Trampa en el Solitario cuando damos cabida a posiciones extremistas relacionadas con la defensa o con la agresión a la Naturaleza. Todos sabemos que una justa ponderación de factores dará mejores respuestas, sin embargo, es raro observar posiciones de ese tipo y los más, se alinean con los extremos.

Muchos ejemplos servirían para profundizar estas ideas, pero escojo la que tiene que ver con el impacto que tiene la calidad de los profesores en los resultados educacionales. Esto es casi de perogrullo, pero insistimos en buscar argumentos de otros

tipos, que efectivamente se observan, pero cuya incidencia final está muy por debajo del señalado. Me centraré en los profesores de matemáticas y en sus legados escritos, pues a mi entender, da pistas muy certeras en relación a lo planteado.

Un día sábado, por la mañana, en enero de 1983, mi hijo mayor cumplía diecisiete años y salí con afanes de comprarle algún regalo apropiado a su edad. Sin embargo, como me ocurría habitualmente, antes de dirigirme al destino previsto pasé por las “librerías de viejos” de la calle San Diego, entre Tarapacá y la Alameda, acera poniente, lo que me causaba –y aún me causa-, un enorme atractivo. Generalmente esta actividad me toma como dos horas, pero en aquella ocasión, concluyó en tan sólo cinco minutos, pues me topé con el libro de geometría de Ricardo Poenisch, el mismo que treinta años antes, junto a su símil de álgebra, escrito por Francisco Proeschle, utilizaba como verdaderas “biblias” de las matemáticas.

Mis preferencias iniciales se inclinaron por “el Proeschle”, pero posteriormente fui descubriendo el mundo mágico que se escondía en la geometría y de cómo era posible desarrollar el pensamiento abstracto resolviendo los problemas “del Poenisch”. El hallazgo de su libro constituía no sólo un descubrimiento lleno de recuerdos y nostalgias de juventud, sino también un instrumento extraordinario, a mi parecer, para utilizar en la preparación de mi hijo para su Prueba de Aptitud Académica, que debería rendir en diciembre de ese mismo año. Cabe consignar que la enseñanza de las matemáticas había sufrido un gran cambio y que la geometría clásica había pasado a un estado de total abandono, so pretexto de “adecuar” los contenidos al nuevo entorno tecnológico.

Le di a mi hijo la opción de recibir preparación convencional, en un preuniversitario, o en casa, conmigo, saliéndose de libreta. Ello significaba aprender geometría, para lo que tendría que dedicar las mañanas de los días sábado, entre las nueve horas y el mediodía. Por supuesto que ninguna de las dos alternativas le resultaba muy entretenida, pero reconocía que le preocupaba el tema. La cosa se simplificó enormemente cuando consensuamos en que empezaríamos

después de las vacaciones, en la segunda quincena de marzo y que podía invitar a algunos amigos o compañeros a compartir esta aventura. Así se programó y así se hizo. Tres jóvenes aprendieron geometría, en treinta clases de tres horas cada una, en las que resolvieron todos los problemas “del Poenisch”, consignando los resultados en cuadernos de hojas sin líneas, con las soluciones teóricas y gráficas, utilizando para estas últimas, escuadras, transportador y compás, instrumentos que hoy es más fácil encontrarlos en un museo que en una librería. Los tres jóvenes rindieron exitosamente la PAA y hoy son ingenieros civiles con quince años de experiencia profesional.

Tres años más tarde repetí la medicina con mi segundo hijo, pero esta vez se sumaron todos sus compañeros de curso, y las clases las realizamos en el propio colegio, los viernes en la tarde. Los resultados fueron los mismos. Por último, siete años después, “la víctima” fue mi hija, en solitario, pues su interés –y actual oficio– era la Medicina Veterinaria. La actividad fue más “light”, con beneficios inmediatos discutibles, pero por sobre las expectativas, más adelante, cuando sacó varios cuerpos de ventaja a sus compañeras en los cursos de estadística e informática en la universidad.

Existen muchos factores que podrían medirse en relación a lo narrado, pero no me asiste ninguna duda que el principal de ellos tiene relación con Ricardo Poenish. Este extraordinario maestro llegó a Chile, al igual que Francisco Proeschle y Karl Grandjot, con la misión de fortalecer la enseñanza de las matemáticas en el país. No sólo lo logró, sino que dejó como legado esta obra, casi perdida en las “librerías de viejos”, de donde la rescaté, en el instante preciso. También dejó una familia numerosa, de cuyos descendientes muchos identificarán a Apolonio Pérez Poenish, ingeniero civil egresado en 1961 y nieto del maestro.

Apolonio, cuyo nombre no requiere mayores comentarios, es además un eximio violinista, tal como su hermana Gabriela lo es como pianista. Ella fue mi maestra de piano a mediados de los ‘50 y, muy a pesar suyo, tuvo que informarme que dejaría de hacerme clases, pues yo no estudiaba ni practicaba lo necesario y ella, en esas condiciones, prefería utilizar mejor su tiempo. A Gabriela la vi, por única vez después de esta experiencia, el mes de febrero de 1984, ocasión en la que interpretaba en Clavecín algunas obras de Bach, durante las “semanas musicales de Frutillar”. Curiosamente esto ocurría inmediatamente después de conocidos los resultados de la PAA de 1983, en que mi hijo mayor se había beneficiado con la obra de su abuelo.

Me remonto al pasado y veo circular por mi mente a algunos de mis entrañables profesores de matemáticas y física en el Instituto Nacional, todos discípulos de Poenisch y Proeschle. Corro el riesgo de omitir o confundir algún nombre, pero veo a los profesores Machuca, Erazo, Ferraro, del Pino, Montedónico, Zapata y Guzmán. Con ellos, esos libros eran sagrados, tal como lo

señalé en un comienzo, y su utilización en clases, tareas y pruebas, eran un dato de la causa. A ellos se suman otros ilustres profesores de liceos y colegios particulares, cuyo prestigio traspasaba las fronteras de los establecimientos en los que enseñaban, de los que destaco a Guacolda Antoine y a Carlos Mercado, cuyos hijos, Escobar y Mercado, respectivamente, fueron contemporáneos y amigos desde los tiempos universitarios.

Posteriormente, ya en la universidad, la geometría tenía varias formas de expresión: analítica, plana, espacial y descriptiva. Los cursos eran muy difíciles y demandaban muchas horas de estudio, especialmente Geometría Descriptiva, en cuyas pruebas escritas nos encontrábamos con problemas que debíamos resolver teóricamente antes de pasar a su parte sustancial de desarrollar el dibujo, con “tiralíneas” y “tinta china”, sin manchas y sin omitir la “Línea de Tierra”. Debido a la presión de los estudiantes, que consideraban como un descriterio añadir dificultades “líquidas” a las pruebas, se pasó a una etapa simplificada, en la que los dibujos se hacían con lápiz grafito. Años después, se suprimía por completo esta disciplina.

“Para obtener mejores resultados educacionales, ¿no sería preferible invertir primero en mejorar la calidad de los docentes?”

Los programas de estudio de geometría plana y espacial de aquellos años se modificaron por completo. Primó nuevamente una visión del mundo presente por sobre un pasado tradicional, posición que puedo compartir, pero no con cargo a la eliminación de los agentes estimulantes del pensamiento que aportaban aquellas añejas metodologías. Estoy seguro de que profesores como Garrido, Michelow, Rutland, Pape, Mardones, Mori, León, Almendras, Mellado, Quintana, y tantos otros, apoyarían este pensamiento.

Vuelvo al comienzo y me planteo las siguientes interrogantes: (1) “¿Existe conciencia entre los dirigentes del fútbol de los positivos efectos que produjeron en Chile Francisco Platko, José Manuel Moreno, Jorge Robledo, Fernando Riera y Mirko Jozic?”; (2) “¿No sería preferible invertir primero en mejorar la calidad de los docentes para obtener mejores resultados educacionales?”; (3) “¿No estaremos haciéndonos trampa en el Solitario?”

Tal vez esté equivocado, pues estos ejemplos son menos evidentes que el fiasco que cometemos cuando cantamos erróneamente ancha una pelota de tenis, si el rival es un frontón de ladrillos. Entonces, cuando me invade la duda y creo que exagero, pienso en lo que diría Jorge, mi hermano, atacándome con una frase muy suya: “Tomás. Si todo el mundo te dice que estás borracho, no discutas. Hazte la alcoholemia”. ■